



### III.

NOTABLE RELACIÓN DE JUAN DE CHILTON ACERCA DE  
LOS HABITANTES, COSTUMBRES, MINAS, CIUDADES,  
RIQUEZAS, FUERZAS Y DEMÁS COSAS PARTICULARES  
DE LA NUEVA ESPAÑA Y OTRAS PROVINCIAS DE  
LAS INDIAS OCCIDENTALES: VISTAS Y NOTADAS POR  
ÉL MISMO EN LOS VIAJES QUE HIZO POR AQUELLAS  
PARTES DURANTE DIEZ Y SIETE Ó DIEZ Y OCHO AÑOS.

**E**N el mes de Julio del año del Señor de 1561, yo, Juan Chilton, salí de esta ciudad de Londres para España, donde residí por espacio de siete años. De allí navegué á la Nueva España, y en viajar por allá y por el mar del Sur hasta el Perú, gasté diez y siete ó diez y ocho años, al cabo de los cuales volví á España; de modo que en el mes de Julio del año de 1586 regresé á la antedicha ciudad de Londres, y examinando los apuntes que hice durante el



tiempo de mis viajes, formé la relación siguiente.

En Marzo de 1568, deseoso de ver mundo, me embarqué en la bahía de Cádiz, en Andalucía, en un buque que iba á las Islas Canarias, donde tomó su cargamento, y salió á proseguir su viaje en el mes de Junio del mismo año. Al cabo de un mes llegamos á la Isla de Santo Domingo, sin detenernos allí, seguimos para la Nueva España, y entramos en el puerto de Sn. Juan de Ulúa, que es una isla pequeña á cosa de dos millas de tierra, donde el rey mantiene unos cincuenta soldados y oficiales que guardan los fuertes, y además unos ciento cincuenta negros que todo el año están ocupados en acarrear piedras para edificios y otros usos y en ayudar á asegurar con sus amarras los buques que allí llegan. En los extremos de una muralla que se ve en la dicha isla, hay construidos dos baluartes, y es costumbre amarrar los buques á la muralla, tan cerca que desde ellos se puede saltar á la tierra.

De este puerto caminé por tierra, á una ciudad llamada Veracruz, situada á la orilla de un río: en ella residen todos los factores de los comerciantes españoles, quienes reciben las mercancías de los navíos que llegan, y también los cargan con el dinero

y efectos que llevan de retorno á España. Son cerca de cuatrocientos, y sólo permanecen allí el tiempo que la flota de España tarda en descargar y volver á cargar, que es desde fines de Agosto hasta principios de Abril siguiente; porque entonces, por lo mal sano del sitio, se van diez y seis leguas la tierra adentro, á una ciudad llamada Jalapa, en un lugar muy sano. Nunca pare ninguna mujer en el puerto de Veracruz, porque apenas conocen que han concebido, se marchan al interior, huyendo del peligro de aquel aire infecto, aunque acostumbra pasear todas las mañanas por la ciudad, cosa de dos mil cabezas de ganado mayor, para que disipen los malos vapores de la tierra. A siete leguas de Jalapa, encontré otro lugar llamado Perote, donde hay unas casas pajizas, cuyos moradores son españoles que tienen por oficio hospedar á los caminantes que suelen llegar de paso para el interior. Está en un gran bosque de pinos y cedros, y es el sitio muy frío por causa de la nieve que dura todo el año en aquellas montañas. Hállase en estos parajes una infinidad de ciervos, tamaños como grandes mulas, y con cuernos así mismo muy largos. Nueve leguas adelante de Perote están las fuentes de Ozumba, que son unos manantiales de agua que brotan de



las raíces de las rocas en medio del camino real; y hay también allí ciertos ranchos (1) y casas con el objeto antes dicho. Andadas ocho leguas, se llega á ciudad de los Angeles, llamada así por los españoles: de éstos hay en ella mil, además de un gran número de indios. Está asentada la población en terreno muy llano, y rodeada de otras muchas ciudades considerables, como Tlaxcala, ciudad de doscientos mil indios, tributarios del Rey, á quien no dan más que un puñado de grano por cabeza y de ello se juntan trece mil hanegas al año, según aparece de los libros de las cuentas reales. Y el motivo de que se contente con este tributo, único para ello, es porque fueron la causa de que se conquistara la ciudad de México, con la cual tenían guerra los tlaxcaltecas, al tiempo que los españoles llegaron á la tierra. El gobernador de esta ciudad es un español, con título de *Alcalde Mayor*, que juzga de las causas principales, tanto de españoles como de indios, remitiendo los delitos pequeños como embriaguez y otros, al juicio y arbitrio de los in-

(1) *Ranges* dice el original: no encuentro significado de esta palabra que pueda venir bien aquí. He traducido ranchos, por parecerme que así lo pide el contexto, y porque habiendo cierta analogía entre el sonido de la palabra inglesa y el de la española, acaso dió motivo á que usara de aquella el autor inglés.

dios que cada año se eligen para gobernar á los otros, y se llaman *Alcaldes*. Desde la edad de catorce años pagan los indios (1) al rey por tributo anual una onza de plata y una hanega de maiz, la que por allá se estima comunmente en doce reales de plata. Las viudas pagan la mitad. Tanto los indios de esta ciudad, como los demás de las inmediaciones de México, andan vestidos con mantas de tela de algodón, todas matizadas de diversos colores finos. Dista Tlaxcala de la ciudad de los Angeles, cuatro leguas al Norte y catorce de México. A una legua de allí está otra ciudad llamada Chetula (Cholula?), habitada por más de setenta mil indios tributarios, y no pasan de doce los españoles que residen en ella. A dos leguas hay otra llamada Acazingo, de más de cincuenta mil indios, y ocho ó doce españoles: queda esta ciudad al pie del volcán de México, por el lado del Oriente. Fuera de éstas hay otras tres grandes ciudades: una muy famosa, nombrada Tepeaca, Waxazingo (Huexotzingo) y Tecamachalco: todas éstas pertenecieron en lo antiguo al reino (Kingdom) de Tlaxcala, y de ellas sale la mayor parte de la cochinilla que traen á España. De la ciudad de los Angeles á México

(1) Se entiende que habla de ellos en general; no de los de Tlaxcala en particular.



hay veinte leguas: esta ciudad de México es la más famosa de todas las Indias, pues tiene muy buenas y costosas casas, labradas de cal y canto. Consta de siete calles á lo largo y siete á lo ancho: una sí y otra nó, tienen acequias por donde vienen los víveres en canoas. Está asentada al pie de unos cerros que se calcula tienen veinte leguas en contorno: estos la ciñen por un lado, y por el otro una laguna de catorce leguas. En dicha laguna hay edificadas muchas notables y suntuosas ciudades, como la de Tezcoco, donde los españoles construyeron seis fragatas cuando conquistaron á México, y Hernando Cortés tuvo sus cuarteles cinco ó seis meses, para que su gente se curase de las enfermedades que había contraído á su llegada al país. Pueblan esa ciudad como setenta mil indios tributarios: en ella edificó Cortés el más hermoso templo que se ha levantado en las Indias y tiene la advocación de San Pedro.

Después de pasar dos años en esta ciudad, (1) y deseoso de ver la tierra adentro, emplée lo que tenía, y emprendí mi viaje hacia las provincias de California, en las cuales un vizcaino llamado Diego de Guia-

---

[1] Esto es, en la ciudad de México, aunque por el contexto pudiera creerse que en la de Texcoco.

ra (1) había descubierto cierta tierra á la cual, en memoria de su patria, puso el nombre de Nueva Vizcaya; y allá vendí mis mercaderías á cambio de plata, porque hay unas minas ricas, descubiertas por el susodicho vizcaino. Al salir de México me encaminé un poco al S. O., á ciertas minas llamadas Temascaltepec, y continué caminando durante veinte días por lugares desiertos, hasta salir al valle de San Bartolomé, que confina con la provincia de la Nueva Vizcaya. La mayor parte de los indios de todos estos parajes son salvajes, y andan desnudos: sus armas usuales son arcos y flechas, y acostumbran comerse á los cristianos que aciertan á pasar por allí. Fué en seguida á otra provincia llamada Jalisco, y luego al puerto de la Navidad, situado á ciento veinte leguas de México, á cuyo puerto arriban siempre, en el mes de Abril, los buques del mar del Sur, procedentes de China y las Filipinas, y en él desembarcan sus mercancías, que son, en su mayor parte, telas de algodón, cera, vajilla fina de loza dorada, y mucho oro.

El año siguiente de 1570 (que fué el primero en que vinieron á las Indias las bulas

---

(1) No hallo este nombre en nuestras historias. Todos saben que el descubridor de la Nueva Vizcaya fué Francisco Ibarra.



del Papa) emprendí otro viaje á la provincia de Sonsonate, en el reino de Guatemala, á donde llevé diversas mercancías, todas por tierra, á lomo de mula. Para ir de México allá, se va primero á la ciudad de los Angeles; luego á otra población de cristianos, ochenta leguas adelante, llamada Guaxaca, donde residen cosa de cincuenta españoles y muchos indios. Todos los de esta provincia pagan su tributo en mantas de algodón y en grana, que se cría en abundancia en toda aquella tierra. Cerca de este lugar hay un puerto en el mar del Sur, llamado Aguatulco, donde no hay más habitantes que tres ó cuatro españoles, con cierto número de negros, que el rey mantiene. Sir Francisco Drake llegó á este puerto en el mes de Abril de 1579, y su visita me costó más de mil ducados que tomó con otras muchas mercaderías de varios comerciantes de México á un Francisco Gómez Rangifa, factor allí de todos los mercaderes españoles que entonces traficaban por el mar del Sur; porque en este puerto acostumbran embarcar las mercaderías que van al Perú y al reino de Honduras. De Guaxaca pasé á Nixapa, edificada sobre unas lomas muy altas en la provincia de los zapotecas, donde residen unos veinte españoles por orden del rey de Es

paña; porque aquellos indios son muy inquietos, y con objeto de mantener la tierra en paz, repartió los pueblos y ciudades de la provincia entre los españoles. Pasé luego á una ciudad llamada Tecoantepec, que es la última al extremo oriental de la Nueva España. En un tiempo perteneció al marqués del Valle; pero como es un buen puerto en el mar del Sur, se la quitó el rey de España con ocasión de habersele rebelado dicho marqués, y aun la tiene. En el año de 1572 vi allí una pieza de artillería, hecha de bronce, de las que llaman medias culebrinas; pertenecía al buque nombrado el «Jesús de Lubec,» y la dejó en 1568 el capitán Howkins en San Juan de Ulúa, peleando con los españoles; cuya pieza llevaron después cien leguas por tierra, átravesando altas montañas, hasta la dicha ciudad, con objeto de embarcarla para Filipinas.

Saliendo de Tecoantepec caminé por la costa del mar del Sur unas ciento cincuenta leguas en la despoblada provincia de Soconusco, la cual produce el cacao que los españoles llevan á la Nueva España, porque no se da en tierra fría. Los indios de esta provincia pagan su tributo al rey en cacao, dándole cuatrocientas cargas: cada una tiene veinticuatro mil almendras, y vale en México treinta reales de plata. Hay



allí hombres muy ricos y al par ostentosos (proud); mas los cristianos de toda la provincia no llegan á veinte. Atravesé otra llamada Suchitepeque, y pasé luego á la de Guasacapan: ambas son muy poco pobladas, y el mayor pueblo no tendrá arriba de doscientos indios. El principal ramo de comercio es el cacao. Fuí de allí á la ciudad de Guatemala, capital de todo el reino, en la que habrá ochenta españoles: aquí tiene el rey su gobernador y audiencia, á la que vienen á pedir justicia todos los habitantes del reino. Dicha ciudad dista del mar del Sur catorce leguas la tierra adentro, y es muy rica á causa del oro que se coge en la costa de Veragua; á sesenta leguas al Este de esta ciudad se halla la provincia de Sonsonate, donde vendí las mercaderías que había traído de la Nueva España. La cabecera de esta provincia se nombra San Salvador: queda á siete leguas de la costa del mar del Sur, y tiene un puerto en dicha costa, llamado Acaxutla, al cual arriban los buques que vienen de Nueva España con mercancías, y de retorno cargan cacao: allí residen cosa de sesenta españoles. De Sonsonate pasé á Nicoya, del reino de Nicaragua, en cuyo puerto construye el rey todos los navíos que van á las Indias y al Maluco. De allí me fuí á Costa Rica, cuyos indios,

tanto hombres como mujeres, andan enteramente desnudos: esta tierra queda entre Panamá y el reino de Guatemala. Como aquellos indios están de guerra, no me atreví á pasar por tierra, sino que aquí, en una ciudad llamada San Salvador, lo que traía yo lo emplée en añil (que es una cosa que sirve para teñir de azul) y le llevé conmigo al puerto de Caballos, que es un gran golfo en el reino de Honduras. A un lado de la entrada hay un pueblo de poca fuerza, sin artillería, ni otra defensa, formado de casas de paja, en cuyo pueblo acostumbra los españoles descargar todos los años, en el mes de Agosto, cuatro buques que llegan de España con ricos cargamentos, y allí toman otros de añil y cochinilla (aunque no tan buena como la de Nueva España), plata de las minas de Tomangua, oro de Nicaragua, cueros, y zarzaparrilla la mejor de todas las Indias. Esto llevan de retorno, y zarpan siempre en Abril siguiente, siguiendo su derrotero por la Isla de Jamaica, en cuya parte occidental reside un corto número de españoles. Van de allí al cabo de San Antonio, que es el extremo más occidental de la Isla de Cuba, y luego á la Habana, que está cerca, y es el puerto principal y más importante de cuantos el rey de España tiene en las Indias: porque



todos los buques que vienen del Perú, Honduras, Puerto Rico, Santo Domingo, Jamaica y demás partes de las Indias, tocan allí á su vuelta á España, por ser el puerto en que toman víveres y agua, así como la mayor parte de su cargamento. Reúnense en aquel punto cuantos vienen de los lugares dichos, siempre en el mes de Mayo, como tiene mandado el rey. La entrada del puerto es tan estrecha, que con dificultad pueden pasar dos barcos á un tiempo, y á pesar de eso tiene largas seis brazas de fondo en la parte más angosta. Al lado Norte de la entrada hay una torre en que está día y noche un atalaya para otear el mar y descubrir las velas que se presentan en el horizonte; y tantas cuantas velas descubre, otras tantas banderas enarbola en la torre, para que sirva de gobierno á la gente de la ciudad, la cual está situada dentro del puerto, á cosa de una milla de la torre. Al pie de esta dicha torre hay una playa de arena, donde es fácil desembarcar; y á la orilla del mar, junto á la torre, corre una colina que con ayuda de poca artillería, domina fácilmente la ciudad y el puerto. El interior de éste es tan desahogado, que cómodamente puede contener un millar de naves, y no necesitan anclas ni cables, porque ningún viento puede dañarles. En la ciudad

de la Habana viven como trescientos españoles y unos sesenta soldados que el rey tiene allí para guardar cierto castillo recién construido, con doce piezas pequeñas de artillería, y cercado de un foso donde pueden hacer entrar á voluntad el agua del mar. A cosa de dos leguas de la Habana está otra ciudad llamada Guanabacoa, poblada de unos cien indios; y á sesenta leguas de ésta hay otra que llaman Bahama, situada en la costa del Norte. Esta isla de Cuba tendrá más de doscientas leguas de largo; y su capital se llama también Santiago de Cuba, residencia del obispo y de unos doscientos españoles: su situación es al lado Sur de la isla, y á más de cien leguas de la Habana. Todo el comercio de esta isla se reduce al ganado, que matan únicamente para llevar los cueros á España: así es que los españoles tienen allí muchos negros para matar las reses. Crían, además, gran número de cerdos, cuya carne cortada en pedazos pequeños y secada al sol, sirve de provisión á los buques que pasan para España.

Habiendo permanecido en esta dicha isla dos meses, tomé pasaje en una fragata que me llevó á Nombre de Dios, de donde fuí por tierra á Panamá, en el mar del Sur. De Nombre de Dios á Panamá hay diez y



siete leguas: desde aquella corre el río Chagre hasta llegar á un lugar llamado Cruces, cinco leguas de Panamá por cuyo río llevan las mercaderías, las desembarcan en Cruces, y de allí las conducen á Panamá por tierra, á lomo de mula, volviéndolas á embarcar para toda la costa del Perú en unos buques pequeños del mar Sur. En uno de estos buques fui á Potosí, (1) luego por tierra al Cuzco y de allí á Paita.

Al cabo de siete meses que permanecí en este lugar, volví al reino de Guatemala, y llegué á la provincia de Nicoya y á Nicaragua. De Nicaragua caminé por tierra, á una provincia llamada Nicamula (2) (que está hacia el mar del Norte, en unas altas montañas), porque no podía atravesar el reino de Guatemala en aquel tiempo de aguas, á causa de inundarse todas las tierras bajas de la provincia de Soconusco, con las lluvias que caen arriba en las montañas, y duran siempre desde Abril hasta Septiembre, á cuya estación llaman por eso invierno. De esa provincia pasé á otra que llaman de Verapaz, cuya cabecera tiene el mismo nombre, y en ella residen el obispo

(1) No hay Potosí puerto de mar. Paita lo es; acaso está cambiado el orden de los nombres, y debería leerse, Paita, el Cuzco, Potosí.  
[ ] ¿Será Chiquimula?

y unos cuarenta españoles. Entre las sierras, hacia el mar del Norte, está una provincia llamada La Candona, en la que hay indios de guerra que el rey no puede sujetar, porque tienen pueblos y fortalezas en un gran lago en las dichas montañas; van generalmente desnudos, y algunos usan mantas de algodón. Andadas unas ochenta leguas entré en otra provincia llamada Chiapa, cuya principal ciudad es Sacatlán, y en ella reside el obispo con unos cien españoles. Hay en esta tierra gran cantidad de algodón, de que los indios hacen telas finas que los cristianos compran para llevar á la Nueva España. La gente de esta provincia paga su tributo al rey en algodón y plumas. A catorce leguas de esta ciudad se encuentra otra llamada Chiapa, donde hay las mejores hacas de todas las Indias, y se llevan á México, que dista trescientas leguas. De esta ciudad seguí mi camino, atravesando cerros y montañas hasta llegar en el fin de la provincia á un cerro llamado Ecatepec que quiere decir «cerro del aire,» porque dicen que es el más alto que se ha descubierto, pues desde su cumbre se descubren ambos mares, el del Norte y el de Sur, y se cree que tiene nueve leguas de subida. Los que han de pasarlo, llegan siempre al pie por la tarde, y empiezan su jornada á la



media noche, para llegar á la cumbre antes de que salga el sol el día siguiente, porque después comienza á ventear con tanta fuerza que no hay hombre que pueda subir. Del pie de este cerro á Tehuantepec, primera ciudad de la Nueva España, habrá quince leguas y de allí me volví á México.

Poco después de haber vuelto á México (que fué en 1572), en compañía de un español que había hecho conmigo esta jornada, salimos de nuevo, encaminándonos á Pánuco, que está en la costa del mar del Norte, y en tres jornadas llegamos á una ciudad llamada Metztlán, donde residen doce españoles y cosa de treinta mil indios. Dicha ciudad descansa sobre unas altas montañas, llenas de pueblos muy salubres y frondosos, con muchas fuentes de agua que los atraviesan: todos los caminos de estos cerros están plantados de árboles frutales y de otras especies, sumamente agradables. Los indios de todos los pueblos por donde pasábamos nos ofrecían provisiones. A veinte leguas de allí hay otra ciudad nombrada Chanchinoltepec, perteneciente á cierto caballero; la pueblan cosa de cuarenta mil indios, y residen entre ellos ocho ó nueve frailes de la orden de San Agustín, que tienen allí un convento. Dentro de tres días nos partimos y pasamos á Guajutla, donde

tienen otro monasterio los frailes de la misma orden: hay en esta ciudad como doce españoles. De este lugar para adelante comienza una provincia llamada Guastecan, toda llana, sin ningún cerro. El primer pueblo á que llegamos se nombra Tancuylabo, de muchos indios altos de cuerpo, pintados todos de azul y con el cabello largo hasta las rodillas, trenzado con cintas como acostumbra las mujeres. Cuando salen de sus casas llevan consigo sus arcos y flechas, porque son grandes flecheros: andan generalmente desnudos. En esta tierra no se consigue oro ó plata á cambio de otras cosas, sino solamente sal, que estiman mucho y la usan como medicina principal contra ciertos gusanos que se les crían en los labios y encías. Nueve jornadas más adelante encontramos un pueblo llamado Tampico, que es puerto de mar, y en él residen, á mi juicio, cuarenta cristianos, de los cuales, estando yo allí, mataron los indios catorce, mientras andaban recogiendo sal, que es el único comercio que aquí tienen. Está situado Tampico en la boca del río de Pánuco, que es caudaloso, y si no fuera por una barra de arena que tiene á la entrada, podrían remontarle más de sesenta leguas, buques de quinientas toneladas. Fuimos luego á Pánuco, á catorce leguas de Tampico;



pero está en cierta manera despoblado, por haber matado los indios á los cristianos, de suerte que sólo quedaban diez, con un sacerdote. En este pueblo caí enfermo y permanecí en él cuarenta y un días, sin otro alimento que frutas y agua, cuya agua mandaba traer á más de seis leguas la tierra adentro. Allí me estuve hasta que vino á reunírseme mi compañero, que se había ido por otro camino dejándome con sólo un esclavo que saqué de México. El último día de Pascua de Resurrección llegó mi compañero y me encontró en un estado de suma debilidad, por lo malsano del lugar. A pesar de mi flaqueza me pusieron á caballo con un indio en ancas para que me sostuviese, y así caminamos todo aquel día hasta la noche. A la mañana siguiente pasamos el río en canoa; puestos ya al otro lado, yo me adelanté solo, y á causa de haber muchas veredas hechas por las fieras, me perdí y caminé como dos leguas por un gran bosque. Al cabo vine á dar con unos indios salvajes que habitaban en unas chozas de paja, y al verme, salieron en número de veinte, con sus arcos y flechas, hablándome en uno lengua que no entendí. Díjeles por señas que me bajasen del caballo, lo cual hicieron por orden de su jefe, que con ellos estaba, y me apearon. Lleváronme á una

de sus chozas, donde me tendieron en el suelo sobre una estera; y viendo que yo no los entendía, trajeron una muchacha india de México, de edad de quince ó diez y seis años, á la cual mandaron que me preguntase en su lengua, de dónde venía yo, y con qué fin había llegado entre ellos; y añadía ella: «¿Pues no sabes por ventura, cristiano, que éstos te han de matar y comer?» A lo que respondí: «Hagan de mí lo que quieran: aquí estoy.» Y ella replicó: «Puedes dar gracias á Dios que estás flaco, y éstos temen que tengas viruelas; porque de no ser así, te comerían.» Entonces ofrecí al rey un poco de vino que traía yo en una botella, cosa que estiman sobre todos los tesoros; y por vino venderán á sus mujeres é hijos. Después me preguntó la muchacha si necesitaba yo algo, y si quería comer alguna cosa; pedíle que me diese un poco de agua para beber, porque la tierra es muy caliente; y ella me trajo un gran vaso de cristal veneciano dorado, lleno de agua. Admirado yo de ver el vaso, le pregunté que dónde le había adquirido. Respondíome que el cacique le había traído de Shallapa, pueblo grande á treinta leguas de este lugar, entre los cerros en el cual habitan ciertos cristianos, y unos frailes de la orden de San Agustín, á quienes este cacique con su gente ma



tó una noche, y habiendo quemado el convento, reservó entre otras cosas este vaso, y así llegó a mí. Habiendo estado ya entre ellos tres ó cuatro horas mandaron á la muchacha que me preguntase si quería yo seguir mi camino: contestéle que no deseaba otra cosa. Entonces mandó el cacique á dos de sus indios que me guiasen, y marcharon delante de mí desnudos, con sus arcos y flechas, por espacio de tres leguas, hasta que me pusieron en un camino ancho, y por señas me dieron á entender que pronto llegaría á una ciudad poblada de cristianos, que se llama Santiago de los Valles asentada en un llano, y cercada con una pared de adobe. Los cristianos que residen en ella no pasan de veinte ó veinticinco, á quienes el rey de España reparte indios y pueblos para que le tengan sujeta la tierra. De aquí es de donde los cristianos sacan sus robustas mulas, que llevan á todas las partes de las Indias, y hasta al Perú, porque en ellas se acarrean por tierra todas las mercancías. En esta dicha ciudad hallé á mi perdido compañero, que ya no pensaba otra cosa sino que me habían asesinado; y aquellos cristianos se maravillaban también de que hubiese yo salido con vida de entre tales indios, por ser cosa que jamás se había visto: antes tienen en mucho matar á un cris-

tiano, y llevar al cuello todas las partes de su piel donde crece cabello, con lo cual son tenidos por valientes. En esta ciudad permanecí diez y ocho días, hasta que recobré la salud; y en el intermedio llegó un D. Francisco de Pago á quien el virrey D. Enrico Manriques (1) había enviado por capitán general para descubrir y abrir camino desde la costa del mar á las minas de Zacatecas, que están á ciento sesenta leguas de allí, á fin de transportar las mercancías por aquel camino, dejando el de México, que es jornada de siete ú ocho semanas. El capitán nos tomó consigo, á mí y á los que me acompañaba, así como los demás soldados que había traído en número de cuarenta, y quinientos indios sacados de dos pueblos de esta provincia, llamados Tanchipa y Tamachipa, todos buenos flecheros desnudos, y nos fuimos al río de las Palmas, de mucho caudal, y límite de la Nueva España con la Florida. Anduvimos tres días por la orilla de este río, buscando paso, y no hallándole nos vimos al fin obligados á cortar madera para hacer una balsa, y hecha, nos metimos en ella, y unos indios nadadores la empujaron hasta la otra orilla. A las treinta millas de camino por bosques, ce-

(1) D. Martín Enríquez